

Esa vida que imaginamos

Florencia Eluchans

Esa vida que imaginamos



Primera parte

–¿Estás lista? –preguntó desde la puerta de entrada.

–Ya voy –dije poniéndome los zapatos.

Corrí a tropezones por el angosto pasillo, tomé la cartera que me esperaba sobre la mesa de vidrio de la entrada y cerré la puerta por fuera. Bajamos el primer peldaño de la escalera juntos y luego él, como acostumbraba desde hacía un tiempo, se adelantó invitándome silenciosamente a apurarme.

–Es sin entradas, ¿cierto?

–Sí, habrá que acomodarse donde haya espacio. –Mi mano se apoyó en su brazo.

Nos dirigíamos al parque. La voz de Tori Amos reuniría a miles de neoyorquinos que, ansiosos por escuchar a la pianista, caminaban sobre el pavimento insoportablemente caluroso de ese mediodía de julio.

Hacía siete años que vivíamos en Nueva York. La ciudad se había transformado en el lugar perfecto en donde podíamos, Diego y yo, tener la vida que siempre quisimos. Libres de almuerzos familiares eternos, de conversaciones centradas en el peinado nuevo de la vecina o de veraneos «amontonados» para poder compartir más. Nuestra vida en Nueva York era de nosotros, solo de los dos.

–¿Cómo va tu trabajo? –me había preguntado mi hermana Luz esa misma mañana al teléfono. Llamaba para saludarme desde Chile.

Le conté en qué estábamos. Le hablé de nuestro plan para ese día en el parque y de la comida que habíamos tenido con potenciales clientes de Diego la noche anterior. No le mencioné que el calor, probablemente, nos tenía un poco cansados y que yo sentía a Diego algo distante. Luego, hablamos de nuestros trabajos. Me contó de una jefatura que asumiría y yo de la ilusión que sentía cada vez que comenzaba a leer algo nuevo. Me preguntó si él seguía pidiéndome los borradores de los libros para leerlos. Desde que Diego estaba conmigo había retomado la lectura y eso a los dos nos gustaba. Pero desde hacía un tiempo no leía nada,

le dije a Luz. Seguramente tenía poco tiempo, insistí. La verdad era que hasta ese minuto no me había dado cuenta.

Callamos unos segundos. Luz seguramente notó mi incomodidad y con la prudencia de siempre esperó a que yo hablara. Pero no le dije nada, no sabía qué decirle. Entonces me habló de sus niños, de la familia, de la vida en Santiago, una vida que yo añoraba poco.

Mientras nos acercábamos al escenario ubicado en la parte este de Central Park, y recordaba lo que a continuación quise preguntarle a mi hermana, pero no me atreví, noté una repentina incomodidad en Diego. Sin razón aparente, se detuvo en medio del pasto y se rascó la frente, mientras mantenía la mirada fija en el tumulto. Volví a apoyarme en su brazo y deseosa de encontrar un espacio tranquilo, entrelacé mis dedos con los suyos y guie nuestros pasos hacia la sombra del primer olmo que vi. Un grupo de jóvenes movió sus canastos repletos de bebidas y antipastos para hacernos un espacio. Diego, como siempre más desinhibido que yo, se sacó las alpargatas negras y se tumbó en el pasto. Yo me recosté junto a él, apoyando mi cabeza en su pecho. Aguardamos en silencio la voz de la colorina. Diego se tomó una limonada mirando hacia el escenario; yo, en cambio, miraba el líquido que se acumulaba en el borde de su boca antes de dar cada trago.

Cuando me enteré del recital en la guía *Time Out* y le propuse a Diego que fuéramos, imaginé que sería un buen momento para disfrutar a solas. Las innumerables actividades sociales a las que habíamos asistido en el último tiempo –comidas de trabajo, conferencias sobre temas de política y economía que le interesaban a él, lanzamientos de libros– me tenían sobrepasada. No sé exactamente qué sentía él, nunca se lo pregunté, y él nunca me dijo nada al respecto.

El comienzo de *Cornflake Girl* hizo que sonriéramos al mismo tiempo. Diego me observó unos instantes contemplando seguramente la manera en que se me achinaban los ojos cuando me reía y luego se inclinó hacia adelante y cruzó su brazo sobre mi espalda. Acomodé mi cabeza en su hombro y cerré los ojos para disfrutar de la canción. El repentino ladrido de un perro desvió

nuestra atención. La manera en que el animal se revolcaba en el suelo y lamía (con una lengua que me pareció excesivamente larga) la mano de su amo, para Diego fue un escenario bastante más atractivo que el de la cantante. Sin disimulo y como si esa sonrisa que habíamos compartido minutos atrás recién surgiera en su rostro, Diego se dedicó a observar la evidente complicidad entre ese hombre y su mascota, olvidándose de la cantante y de mí.

Esa tarde de primavera Diego me ofreció que compráramos un perro. Volvíamos del recital, y su repentina propuesta me molestó.

–¿Para qué, Diego? –fue lo primero que pregunté–. ¿No será complicado tenerlo en el departamento?

Me miró de vuelta en silencio. Doblábamos por la Ochenta y Dos con Columbus Circle, cuando acarició la parte alta de mi espalda y dijo:

–Sabes que la señora del quinto tiene dos. ¿No será que te asusta tener que cuidarlo?

–¿Te refieres a darle de comer y bañarlo?

–Por ejemplo. Hacerse cargo de él, con todo lo que eso implica –dijo con cierta ironía, ya en la puerta de nuestro edificio.

–No es eso.

–¿Qué es entonces?

–Sabes que no me gustan los perros. –La llave se trabó dentro de la cerradura.

–No te gusta la idea de cuidar a un perro.

–Es lo mismo.

–No es lo mismo, Elisa. –La chapa al fin cedió.

–Bueno, no es lo mismo.

El aire acondicionado que nos dio en la cara de cierta manera nos alivió. Cocinamos algo rápido, en silencio. La voz de Anderson Cooper, proveniente del televisor empotrado en el muro de la cocina, como siempre, nos acompañó. El reloj marcaba la medianoche de ese domingo de fines de julio, cuando lo miré por última vez. La habitación estaba a oscuras. La calle en silencio. Solo se oía el suave ronquido de Diego a mi lado y el leve tictac del reloj despertador. Sentí una oleada de su colonia cítrica cuan-

do cerré los ojos. Tuve un sueño intenso. Volvía a los ocho años, y junto a Luz jugábamos en el patio trasero de nuestra antigua casa. De pronto, desde la oscuridad del tarro metálico de la basura, aparecía un animal extraño. No tenía forma definida pero sus dientes afilados y sus ojos negros me aterraban. Era una enorme bestia, que durante el día gemía sin parar y por las noches se transformaba en humano.

2

Albert al fin llega a casa. Viene cansado. Se ha reunido por horas con el resto de los oficiales. La guerra es inminente. Todos especulan que nos han embaucado, dice serio, la ocupación alemana de los Sudetes y la invasión a Polonia son un reflejo de la condescendencia de Chamberlain, agrega golpeando la mesa. La situación no da para más.

Nos sentamos frente a la ventana de la cocina. Hiervo agua y preparo las tazas. Albert no para de hablar. Me dice que confíe en el nuevo primer ministro, en la capacidad de la RAF. Todo va a ir bien, Beth, tú quédate tranquila, insiste. Pero yo no puedo estar tranquila. ¿Cómo estarlo? Su partida como piloto se aproxima, es real. Temo ese día. ¿Cuánto tiempo estará lejos? ¿Volverá? Son preguntas que me atormentan, que se apoderan de mis pensamientos en el día y de mis pesadillas por las noches.

Helen me dice que no hay nada que hacer, que en los periódicos y en la radio insisten en que debemos cumplir nuestra parte del trato, que ahora es cuando hay que ayudar. Y a mí qué me importa esa manga de polacos, le digo furiosa, yo debo cuidar de mi familia, de mi marido y de Carl. Ella trata de calmarme, me dice que Albert es un gran piloto, que ella me ayudará con el niño, nunca estaré sola. ¿Será una conexión especial entre hermanos eso de mostrar tanta entereza?

Dios la oiga a ella y a Churchill, que no deja de alentarnos. Ofreceré mi propia «sangre, sudor y lágrimas», ha dicho en su reciente discurso. Inglaterra está unida. Pero somos menos, so-

mos tantos menos en el aire, que el solo hecho de imaginar a Albert combatiendo contra tres aviones me hiela el alma.

3

El reloj marcaba las ocho de la mañana del lunes siguiente al recital cuando me encontré a Diego en la cocina con el pijama a rayas puesto y su mirada absorta en una página del *New York Times*. Me acerqué a él adormilada, le di un beso en la boca, acompañado de un «buen día» y vertí café en una taza.

–¿Lo pensaste mejor? –preguntó, levantando sus ojos de las páginas del diario.

–¿Qué cosa? ¿Lo del perro?

Asintió en silencio y se rascó la frente.

–Sabes que siempre he querido un perro, lo sabes, te lo he dicho tantas veces –dijo.

–Me has dicho que te gustan los perros, no que quieres uno. ¿Sabes el cacho que son?

–¿Cacho?

–Sí, Diego. ¿Quién se haría cargo? Es mucho trabajo.

–Lo haríamos entre los dos. –Hizo una mueca con la boca imaginando que me daría risa. Pero no me refí.

–Trabajamos todo el día, no tenemos tiempo para perros. No –insistí tajante.

–Está bien. Si estás tan decidida no lo tendremos y no se habla más del tema.

Volvió a rascarse la frente, dobló el periódico en cuatro y se levantó de un salto sin mirarme.

–No seas infantil, Diego.

–¿Yo soy el infantil?

Sujeté la parte baja de mi pijama y observé el cuerpo delgado de Diego refugiarse en el baño. Di dos sorbos a mi café y caminé a la pieza. Dejé la taza sobre el velador y me hundí en los vestidos que colgaban del clóset pensando, enrabada, en lo contenida que resultaba nuestra reacción. Porque Diego era un hombre

sensato que no agredía, y yo una mujer que evitaba cualquier tipo de confrontación. Y esas voluntades nuestras, esas que nos ayudaban a tener una convivencia armoniosa, se hacían insostenibles cuando se debía tener una discusión. Una conversación que al menos nos permitiera liberarnos.

Caminó hacia donde yo estaba sin dirigirme la mirada y escogió la ropa que se pondría. Dejó caer la toalla al suelo y cuando lo vi desnudo frente a la ventana, sentí un extraño y repentino pudor, algo que jamás me había ocurrido con él.

–¿Comemos juntos? –dijo, vistiéndose con calma.

Asentí, sorprendida una vez más por nuestra indudable capacidad para evitar el conflicto, y le escuché preguntar:

–¿Todo bien?

–Sí –dije, antes de que me diera un beso.

Acaricié mis mejillas, sonreí y me besó otra vez. Quise abrazarlo, pero me soltó y se perdió en el pasillo. Me mantuve estática unos segundos viendo cómo su cuerpo desaparecía. Vestido con un elegante traje azul a rayas, sostenía en una mano el maletín de cuero que yo misma le regalé y en la otra el teléfono que lo conectaba con alguno de sus clientes. No se despegó el celular de la oreja cuando abrió la puerta del departamento, tampoco cuando la cerró.

Diego llevaba quince años trabajando en el mismo banco. Había partido en Chile como analista del departamento de estudios y con el tiempo y haciendo buen uso de su intuición, fue asumiendo nuevos desafíos. Era el único lugar donde había trabajado, su casa. Y aunque a mi juicio su personalidad distaba mucho del clásico ejecutivo neoyorquino, su trabajo en el mundo financiero le gustaba tanto, que nunca lo vi llegar a casa con mala cara. Rara vez alegaba o mostraba agotamiento. Para él, su trabajo era una fuente de inspiración y no de frustraciones, además de una buena manera de entender cómo funcionaba el mundo. Investigaba oportunidades de negocios para sus clientes y les manejaba sus inversiones. Era un trabajo dinámico y desafiante. Requería también de una importante dosis de sentido común y de buenas relaciones interpersonales, y Diego, en esto, era un experto. Sabía cómo llegar a las personas. De alguna misteriosa

manera sabía cómo hacerlas sentir bien, siempre encontraba el punto perfecto en el cual potenciar las fortalezas de los demás y reducir sus miedos. Los primeros años en Nueva York los dedicó a inversiones locales, pero ya hacía dos que estaba a cargo de negocios en mercados internacionales.

–Es para minimizar los riesgos de la baja del dólar –me explicó días antes de su primer viaje a China–. No conviene tener todo el capital aquí. Asia está creciendo a la velocidad de la luz.

Frente al espejo recordé ese primer viaje suyo y cuánto lo eché de menos, cuánta falta me hizo. Fantaseé con las declaraciones que nos dijimos por teléfono y con la intensidad con que hicimos el amor a su regreso; un sexo desinhibido que yo a ratos extrañaba. Mientras terminaba de abotonar mi vestido y vislumbraba en el espejo las primeras canas que aparecían en mi pelo castaño, decidí que sería bueno buscar una instancia a solas con él, algún espacio de intimidad que nos permitiera reencontrarnos. Invitación que le propuse apenas pisé la oficina. Él aceptó de inmediato mi propuesta de ir a comer. «Eso sí», me dijo, «que sea en casa, así podemos estar tranquilos».

En la editorial me esperaba, como siempre, una pila de manuscritos sobre la mesa y la imborrable sonrisa de Claire. Fiel compañera de trabajo y durante los últimos años mi mejor amiga. Juntas buscábamos voces nuevas que tuvieran algo valioso que ofrecer al saturado lector. Ambas éramos periodistas, ella de la Universidad de Memphis, yo de la Universidad de Chile; éramos un buen complemento para la editorial. Yo aportaba una visión más latina, como Claire decía entre risas. Había crecido leyendo a Vargas Llosa y a García Márquez. Ella, a Raymond Carver y Paul Auster; era la ejemplificación misma de la cultura norteamericana. De las muchas propuestas que leíamos cada trimestre, generalmente apostábamos por una. No era Claire ni yo quien tenía la última palabra, nosotros éramos un simple colador, la primera barrera del equipo editorial encargado de devorarse miles de páginas de diversos temas. Sin embargo, la atención de mi trabajo hacía algunas semanas estaba absorbida por completo en una sola historia. Y eso rara vez pasaba.

Había ocurrido así: volvíamos de almorzar apuradas un día martes cuando sentimos un tímido golpe en la puerta de la oficina. Claire se paró a abrir. Una muchacha de acento británico, estudiante de Literatura Inglesa en Columbia, se presentó sonrojada explicando que tenía cierto material que nos podía interesar, una suerte de diario de vida de su tía abuela.

–¿Tu tía abuela? –había preguntado Claire sorprendida.

–Sí, mi tía abuela. Es una sobreviviente de la Segunda Guerra.

Claire recibió el material y me miró con cierta aprensión. Escuchamos a la muchacha explicarnos cómo había escogido nuestra editorial. Sonreí cuando mencionó a la persona que se la había recomendado, mi profesor de tesis de magíster, un gran conocedor de la obra de Bolaño, era su fiel admirador. Tomé el paquete y le prometí contactarla cuando lo hubiéramos leído. Lo dejé sobre el escritorio y apuré a Claire para llegar a la hora a la reunión de coordinación de pauta. Dos horas más tarde, cuando me senté nuevamente en mi escritorio con vista a Grand Central por un lado y al cartel de Metlife por el otro, tomé el cuaderno y lo hojeé. Se han publicado tantos libros y películas sobre la Segunda Guerra Mundial y sus sobrevivientes, pensé. ¿Por qué habría de interesarnos esta historia en particular?

4

He perdido la noción del tiempo desde que Albert no está. Llevaba los días bien contados, incluso tenía un calendario, pero ya no doy más. Me duele imaginar la desolación del lugar donde está. Esas casetas creadas espontáneamente en medio del bosque... la humedad. ¿Con qué soñará?, me pregunto cada vez que imagino esa tenebrosa oscuridad. ¿Tendrá hambre? ¿Sed? Me insiste en que no tiene miedo de volar, menos con la ropa que le tejí, bromea. Ambos sabemos que el frío se avecina y es precisamente en lo alto donde más se siente. Tu bufanda me abrigará el cuello por las noches, me dice en sus cartas, tú tranquila. Cuánto extraño su cuello, su olor.

Me paso las mañanas trabajando en el hospital. Los heridos aumentan sin control, la guerra lentamente nos mata. Las tarjetas de racionamiento apenas alcanzan, las colas son largas y cada vez hay más conflictos entres quienes esperan conseguir algún alimento. Se acaban la leche, el azúcar, la carne. ¿Cómo alimentar a nuestro pequeño Carl, Dios mío? Necesita crecer. Necesita vivir.

Las noticias en la radio no son alentadoras. Insisten en que la caída de Francia nos debilita, que somos la única democracia que queda para enfrentar a Alemania, el único enemigo que les falta derrotar. «La Luftwaffe se acerca», dice el titular del periódico del día de hoy. Aumentan las restricciones. Es la terrible verdad, me digo con el diario en la mano. Estoy en la cocina, apenas tenemos luz, comida y agua. Apoyo mis manos en la encimera, la frente contra el vidrio de la ventana que da a la calle y añoro ver pasar a ese chico vestido con cazadora azul ajustada, que pedalea por toda la cuadra. Helen se alegra de no verlo, insiste en que es el ángel de la muerte disfrazado de cartero. Pero yo sé que esas malas noticias no son propias de él. Para mí ese chico solo representa la esperanza. Pero hoy no hay un sobre para mí, no hay noticias suyas, no hay nada.

Me siento en el escritorio de nuestra habitación, Carl duerme en la pequeña cama de su dormitorio. Cada página del libro que intento leer se me hace eterna, me palpitan los pies de cansancio. El dolor que veo día a día me desanima; pilotos dados de baja por fracturas en las piernas y brazos, quemaduras en las manos, problemas de audición producto de golpes en el cráneo. ¿Qué hacer?, me pregunto una y otra vez. ¿Qué debemos hacer? Reviso la penúltima carta que Albert me envió, fue censurada. Apenas alcanzo a comprender las palabras «León Marino», hay algunos párrafos completamente tachados, no se entiende nada. Guardo el sobre dentro del cajón del escritorio, camino a la habitación de Carl, lo cubro y vuelvo a tenderme sobre la cama. La cartera está junto a mis pies. La abro con rapidez, tomo la botella de cristal, le inserto la aguja y me siento con el pie derecho al descubierto. Separo el dedo gordo del segundo, me inyecto con la precisión de siempre y siento el líquido que poco a poco

recorre mis venas. Los latidos de mi corazón se tornan más lentos, mi respiración se calma, también mi ansiedad. Me fijo en la llama de la vela que está por desaparecer. La miro fijamente hasta que se apaga. Me estiro sobre la cama. Cierro los ojos. Ya no siento miedo ni desesperación. Sonrío.

5

El reloj de la sala de reuniones marcaba más de las siete de la tarde de ese mismo lunes, cuando cerré el diario de Beth. Para aislarme del ruido provocado por las catorce personas que componían el equipo de trabajo de la editorial, me había refugiado en esa pieza. Una mesa redonda con cuatro sillas, un mesón con vasos y un dispensador de agua era lo único que me acompañaba cuando acabé mi día de trabajo. Me hubiera gustado permanecer ahí leyendo, pero la impuntualidad era algo que Diego detestaba.

Park Avenue era a esa hora una de las calles con más transeúntes de Manhattan. Decenas de oficinistas deambulaban con el teléfono pegado a la oreja, sujetando un montón de papeles bajo el brazo, o con la vista fija en la portada del diario del día que ya se acababa. Era un barrio propio de empresarios. La editorial terminó ahí por un arreglo que hizo Durga con un pariente suyo, dueño de un banco. Le sobró un piso, tuvo que «reducir personal», le dijo, y entonces se lo subarrendó. Durga estaba fascinada y la verdad es que yo también. Estábamos a pasos de Grand Central, solo a un cambio de línea para llegar a casa. El ruido del metro cobró vida. Me aferré a la barra vertical en el centro del tercer vagón de la línea morada y me imaginé en el mundo de Beth. Tomé el diario entre las manos y con la sensación de tener algo incómodo en la garganta, me dirigí a la puerta del carro.

Si bien Diego y yo nos quedábamos en nuestras oficinas hasta tarde, yo para avanzar en mis lecturas, y él por reuniones de última hora, ese lunes llegó temprano. Me abrió la puerta antes

de que yo pusiera la llave en la chapa y me dedicó una sonrisa que dejó ver sus dientes separados.

-¿Cómo estuvo tu día? -Me dio un beso en la boca.

-Nada importante -mentí.

-Nada de nada -dijo imitando mi voz. Parecía de buen ánimo. Sonreí forzosamente.

-Nada que valga la pena comentarte -insití.

Me miró serio. Su buen ánimo se esfumó.

-¿Tienes hambre? -preguntó con la misma seriedad.

-Sí, ¿y tú?

-¿Preparo algo?

-En eso habíamos quedado, ¿no?

Diego se rascó la frente como siempre hacía cuando se ponía nervioso y se fue a la cocina. Yo me senté en el sillón del living y volví a revisar el material de Beth. Sin levantar los ojos para verlo cocinar, dejé que el sonido del cuchillo adentrándose en la zanahoria fuera lo único que interrumpiera mi lectura.

-Hoy llegó una persona nueva a mi área -dijo.

-¿Quién? -pregunté con la vista fija en lo que leía.

-Un brasileño muy capaz.

-¿Ah, sí?

-Espero que funcione -Descorchó una botella de vino.

-Si tú crees que es capaz, no veo por qué no va a funcionar.

-No es tan simple, Elisa. Hay un estilo de trabajo al que adaptarse, un equipo de por medio.

-Uno se adapta a los cambios si quiere -Levanté la mirada y le guiñé el ojo en señal de complicidad.

-Para algunos se hace difícil -dijo sin inmutarse por mi gesto.

Prendió el horno y se sirvió una copa de vino. Dejé, a propósito, el cuaderno de Beth lejos de su mirada, me levanté del sillón y me acerqué a él.

-Si quiere funcionar bien, se adaptará. Quédate tranquilo. -Le hice un cariño en el pelo.

Asintió en silencio, dio un sorbo a su vino y preguntó:

-¿Quieres hacer una excepción y tomarte una copa?

-No.

-¿Ni por esta vez?

Sonreí sin contestarle y negué con la cabeza. Me serví un vaso de agua y lo ayudé a poner la fuente de verduras adentro del horno.

–¿Tiene familia este brasileño? –pregunté no sé por qué.

–Su señora está en Brasil. Está embarazada y ha tenido complicaciones. Debe guardar reposo.

–¿Por qué no hace el reposo acá?

–No puede moverse. ¿Cómo viajaría?

–Pobrecita.

–Pobres los dos.

–Ella es la que está en cama.

–¿Crees que tenía alternativa? –el timbre de su voz se hizo más grave.

Di un sorbo al vaso de agua, y él a su copa de vino al mismo tiempo. Diego se paró del piso negro en el que se había sentado y encendió el televisor. La voz de Anderson Cooper, una vez más, nos acompañó, mientras esperábamos la cocción de la comida. En silencio, y con nuestras miradas fijas en el pelo cano del periodista, permanecemos a la espera de que el otro dijera algo, o simplemente que el sonido de la campana del horno nos salvara. Sin ser capaces de hablar de nosotros, ni de nada que nos pareciera interesante, saboreamos las verduras hundidos en un mutismo que no quiso desaparecer. Luego, Diego retiró los platos y los lavó.

–Buenas noches –dijo, después de darme un beso en la frente. Caminó a la pieza sin decir nada más y cerró la puerta.

Sin hacer ningún esfuerzo por acercarme a él, me volví a tumbar sobre el sillón del living y reabrí el cuaderno de Beth. ¿Cómo habrá sido vivir en la guerra?, me pregunté recostada sobre el sofá. ¿Era posible tomar decisiones si no existía un mañana? Entonces pensé en la brasileña postrada sobre su cama que ponía en riesgo su vida por la de su hijo, y volví a pensar en Beth. ¿Cuál era la conexión entre ellas? ¿Había alguna?

La familiaridad de su pulso y la sensibilidad de mi oído me advierten que es él quien toca a la puerta. Aún es de noche, la habitación está oscura, el barrio con sus casas iguales de ladrillos, en silencio. Me paro de un salto, escondo la aguja y el pequeño frasco vacío donde siempre y corro a la puerta. Siento que estoy soñando, viviendo un momento tan confuso como esperado. Pero cuando abro esa vieja puerta y lo tengo ante mí, todo ese miedo que me paraliza se esfuma, desaparece con el simple hecho de tocarlo. Estás vivo, le digo entre lágrimas, estás vivo. Albert me levanta y me abraza. Nos prendemos el uno del otro. La puerta sigue abierta, no siento frío.

Contemplamos juntos a nuestro hijo. Duerme en su minúscula cama aferrado a su peluche. Nos recostamos a su lado y lo acariciamos por largo rato. Albert besa la parte alta de su frente, yo beso sus manos y cubro su cuerpo con la manta de colores que su tía Helen tejió para su cumpleaños.

Cuando los primeros rayos de sol atraviesan las ranuras de las cortinas y nos dan en la cara, el hombre fuerte y seguro del que me enamoré me toma entre sus brazos y me lleva a la cama. Y ahí, en ese lugar solo nuestro, permanecemos unidos por horas, como tanto había ansiado. Albert me habla despacio, me susurra al oído que todo va a estar bien. Pero yo temo por su vida. Por la suya y también por la nuestra. Le digo que escapemos, que huyamos a un lugar sin muerte, que se escuchan historias horribles de lo que les sucede a los judíos, que nos pueden matar o separar. Él me mira serio. Me acaricia el cuello y la cara. Sabes que no puedo irme, dice luego, mi deber está aquí, combatiendo, en ningún otro sitio. No quiero perderte, le insisto, no puedo perderte. Él no dice nada. Me toma de los hombros con fuerza y me abraza.

La llama de la vela se apaga y el sol se esconde. Algunas lágrimas me empañan los ojos y me nublan la vista. Su visita ha sido breve y el dejo de su partida amargo, pero su presencia se